

*La Gran Vía*  
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO III.

Madrid, 4 de Agosto de 1895.

Núm. 110.

*Director. Salvador Rueda.*

IDILIO DE VERANO



COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE MOGUEL





sos son los jefes que se necesitan en Cuba; hombres que conozcan el país, que sepan dirigir, organizar guerrillas y emplearlas con acierto.....»

Esto no es de Pero Grullo, sino de *La Correspondencia de España*.

Quiere jefes que venzan, recordando el texto de las *aleluyas del hombre bueno*:

«Juega y gana.»

En oposición á la *vida del hombre malo*, el cual

«Juega y pierde.»

Y continúa:

«..... campesinos que defiendan la integridad nacional, que sepan.....»

¿Algo de música? No, señor.

«..... mantenerse con los tubérculos que produce la tierra americana.»

Eso, eso; que sepan andar descalzos, en cueros naturales y con taparrabos, cuando más, en los días de gala, y manejar arco y flechas.

Y prosigue:

«..... Y no coroneles y generales flamantes, protegidos dichosos, que van en pos de un empleo.....»

¿En pos, eh?

¡Ay, hija, qué finura!

«..... y nunca á servir los intereses de la nación española, allí comprometidos.»

¿Allí?

Desde aquí se juzga muy severamente á los que pelean por la patria.

Las balas de los foragidos separatistas no llegan á las redacciones de los periódicos de la Península.

Coroneles y generales que van en pos de un empleo y no á defender la integridad y la honra de la nación, no los hay en España.

Y si, por excepción fenomenal, hubiera alguno de ese tipo, no sería seguramente á la prensa española á quien correspondiera publicarlo.

Los miserables en nuestra patria nunca usaron uniforme militar.

Para calumniarnos ahí está, ó allí está, la prensa filibustera, que para eso parece que cobra.

La verdad es que no queda más remedio que refugiarse en la literatura, huyendo de la crítica militar por el paisanaje.

La literatura teatral está en vacaciones.

No quedan más que el teatro del Príncipe Alfonso y el aduar de Maravillas.

Este último es completamente de verano, hecho con sábanas y tablas, y no sé si algunas esteras.

Parece una sucursal de los baños de Manzanares.

No es la literatura hablada, por decirlo así, la que proporciona solaz en estos meses de verano, sino la escrita ó la impresa, mejor dicho.

«En vez de los cuatro reales que tenía que cobrar, á real ambas mitades de cada pechera, sólo se llevaba Herminia setenta y cinco céntimos, con lo cual estaba aviada.»

De aquí parte toda la intriga del asunto.

¡Pobre Herminia!

¿Qué diría su madre?

«No la dejaría de holgazana, incapaz....., y el resto de la letanía. Y aguántate.»

¿No es verdad que está escrito en castellano del Llobregat?

Pues «aguántate» lo que viene.

«Herminia, que en cuanto anochece se quedaba sin luz en su casa, se pasó á coser á casa de dos hermanas planchadoras, que estaban preparándose para ir á un baile, disfrazadas de frailes.»

¿Es diablura ó no?

Pues llegaron á convencer á Herminia, la cual «se contentó con disfrazarse de chulapa».

Y cuenta que la *pobreta*

«..... tenía los ojos enrojecidos aún, no tanto por la labor, como por la pataleta de marras; pero la careta ocultaría aquello.»

¡Aquello!

Dejémoslo oculto.

Pero no el nombre del autor, porque no lo merece el padre de tan gracioso y sentido y correpto artículo (intitulado *La Pechera*, y no es imitación de *La Puchera*).

Un señor D. Alfredo Opisso.

Buen rato ha proporcionado á las personas de gusto.

EDUARDO DE PALACIO.



# LA LEYENDA DEL VALS



ESNUDOS los marmóreos brazos, al aire el purísimo seno, la negra catarata de sus rizos cayendo sobre la nevada espalda, y el gentilísimo cuerpo, negligentemente ataviado, apareció Célica en la terraza que desde el pórtico del palacio avanza sobre el jardín, como una visión primaveral, en medio de aquel paisaje dominado por el otoño.

Los tules que velaron el escote, las perlas y diamantes del tocado, los largos guantes que subían hasta el hombro, las pulseras, los lazos, el abanico, todos los detalles con que se engalanara la noche anterior, y que luciera en el pasado baile, quedaban allá arriba, en su rosado nido, abandonados por embarazosos, sobre las doradas sillas, el vestido tocador y el intacto lecho.

Sólo el blanco y vaporoso traje habíase dejado, y con él aparecía radiante de helénica hermosura, iluminada por los albores primeros de aquella mañana otoñal.

A su amor, al único sér por quien y para quien vivía, habíale negado un vals en la pasada *soirée*, no por bailarlo con otro, sino por creerlo indigno de toda joven honesta.

Y su amante le había pedido, le había suplicado que accediese, alegando no ser pecaminoso valsar con quien se ama.

Y ella, que lo amaba, pesarosa del pesar que sentía su amor, le había prometido concedérselo otra vez, si á la siguiente mañana, antes que el sol levantara su encendida faz sobre las altas copas de los árboles del jardín, la convencía de ello.

\*  
\* \*

En el fondo del extenso parque, en lo más espeso del intrincado bosque, como brillante estrella en medio de obscuro cielo, ábrese la glorieta de los álamos, tapizada por las secas hojas que de ellos se desprenden, y que, al caer, hacen temblar las aguas de artística fuente, de cuyo centro surge alabastrina Venus, perseguida por un grupo de amorcillos.

Por opuesto sitio, y casi al propio tiempo, aparecieron en ella los dos enamorados. Eran puntuales á la cita.

Lucían amortiguados los ojos de ella, vencidos por el insomnio; en cambio, relampagueaban los de él, con la alegría que precede á un seguro triunfo.

Sentóse Célica en el borde de la fuente, y, abriendo su amante un apergaminado libro que traía, se lo mostró por la página en que su eruditísimo y respetado autor explicaba la leyenda del vals.

«Los primeros seres que hubo sobre la tierra fueron andróginos, originarios de la unión de Hermafrodita y la ninfa Salmacis. Los malos dioses dispusieron el desdoble, y desde entonces quedaron hechos el hombre y la mujer. Pero vivían tan apenados, tan tristes, acordándose de su pasada unión, que un alma buena, una caritativa diosa los enseñó á valsar, confundiéndolos en uno sólo, y devolviéndoles así la felicidad perdida, aunque por breves instantes.»

Y añadía el sabio: «De aquí la necesidad irresistible que sienten los que se aman por abrazarse; ¡que no en balde descendemos los humanos de Hermafrodita y la ninfa Salmacis!»

Miró arrobada á su amor la convencida Célica, ciñóle éste con su brazo el flexible talle, y acompañados por el melodioso ritmo de los pájaros, que saludaban al naciente sol, lanzáronse en apretado haz por la solitaria glorieta, dando vertiginosas vueltas en torno de la blanca fuente en que sonreía Venus, llevados en las alas del aire, que silbaba cadencioso vals, bailado también por las secas y caídas hojas, que arremolinaba bulliciosamente la volante falda de la enamorada Célica.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA.





## RECUERDOS DE GRANADA



DIBUJO DE J. LUPIAÑES

# LOS DOS NIÑOS



YER por la tarde estaba yo en casa con un amigo, mirando en la calle, tras de la vidriera del balcón de mi cuarto, y conversábamos sobre el suceso del día. El suceso del día era la relación que traían los periódicos de la muerte de una niña: la niña Consuelo, muerta á golpes, decíase, por sus mismos padres.

—Hace poco—me dijo mi amigo—discutíais varios escritores acerca de si sobran mujeres ó de si sobran hombres; lo que podéis afirmar es que sobran niños, porque estos niños nacidos en la miseria, crecidos entre desamor, ignorancia y sufrimientos, nacen y crecen para ser desgraciados y criminales. Sobran, pues, en el mundo.

—En efecto—dije yo.—Cuando pensamos en la vida de los jornaleros y de los mendigos, nos aterra; ¿qué no debiera aterrarnos las de sus hijos? Pero en estos hijos pocas veces pensamos, como no se piensa en la semilla ni en los botones de una flor cuando la vemos. El hombre no se acuerda de que ha sido niño. Los dolores del niño se borran de la memoria del hombre.... Los niños mueren sin gacetilla en los periódicos. Pero el número de niños que mueren de miseria, de hambre, de enfermedades fácilmente curables, es infinito. Niños que sólo sufrimientos tuvieron mientras vivían. ¡Pobres pedazos de carne, que en la vaguedad de sus sentimientos se sintieron llamados á gozar de algo, y cuyo primer descanso en el gemir fué la muerte! En los cuadros de los pintores todos los ángeles tienen el rostro alegre; en el cielo debe haber muchos ángeles con la mirada y la sonrisa triste; ¡los ángeles que han sido niños en la tierra!

—Hay problemas insolubles—exclamó mi amigo.—¿La infeliz Consuelo ha debido, ha merecido morir así? ¿La sociedad no tiene remedio para estos males?

—¿Y es posible dejar todos los días en cada casa un cestode víveres, en cada familia un maestro, inspeccionar el interior de todos los hogares, dar padres á todos los huérfanos, consuelo á todos los tristes, felicidad á todos los desgraciados?

—¡Ah! con lo que les sobra á los niños de los ricos podría salvarse de la miseria y podría educarse á los niños pobres. La desigualdad de alimentación, de vestido, de trato, de recreos y de instrucción entre los niños de los ricos y de los pobres, es mucho mayor que la que hay entre los hombres pobres y ricos. El rico agota en cuidar, adornar y festejar á sus niños los recursos de su cariño, de su fortuna y de su ingenio. ¿Has estado en alguno de los bailes infantiles dados en los teatros en este Carnaval? ¡Oh! el espectáculo era divino. ¡Qué primores, qué alegrías, cuántos dichosos! Si la pobre Consuelo hubiese podido mirar por un agujerito cómo bailaban y reían aquellos cien y cien niños tan engalanados, seguramente que hubiese olvidado por algunas horas sus penas y sufrimientos.

—¿Qué quieres! Este es el mundo, y así lo será eternamente. Al lado de la opulencia, la miseria; junto á la tristeza, la alegría. Y si no, mira: he ahí en la calle dos niños que ofrecen asunto para un bonito cuadro....

Miré, y vi, en efecto, dos niños.

—Uno de ellos—dije—es el niño de los señores que viven en el cuarto principal; y el chicuelo que habla con él es hijo de una mujer á quien el casero da por caridad una guardilla de la casa.

El niño del cuarto principal se disponía á ir á paseo. Tendría unos cuatro años: estaba vestido todo de blanco, desde las botitas al sombrero; era rubio y regordete; entre los adornos del sombrero se destacaba su cara limpia y mofletuda, como una rosa entre nieve. El cabello, largo y muy peinado, le caía como una cascada de fuego por toda la espalda. En las dos manitas, coloradas como dos fresones, tenía un pastelillo.

Delante de él, mirándole con ojos de asombro y de envidia, estaba un chicuelo de la misma edad, también rubio, pero



de escaso cabello; el cutis cetrino—á causa de que el chicuelo se lava poco, y que toma el sol mucho, — y su traje era un harapo. Tenía la cabeza descubierta y los pies desnudos. En la mano derecha le enseñaba al niño del cuarto principal una castaña pilonga.

El contraste no podía ser mayor.

El uno daba idea de los ángeles, y el otro de los demonios. No parecían de la misma especie, como no lo son un pichón y un cuervecillo.

—Si se ven tan diferentes de niños, ¿cómo no se han de creer diferentes de hombres?—exclamó mi amigo.

—¡Y no han de ser diferentes!—le contesté.—He tenido ocasión de ver cómo se han criado el uno y el otro. El niño del principal es hijo de una señora viuda, que tiene un título y que vive con lujo. Desde luego envió por un ama de cría, recia y vistosa, para que sirviese de madre á la criatura. El niño fué criado con todo esmero. Fué envuelto en riquísimos pañales; acostado en preciosa cuna, de esas que tienen aros para evitar las caídas; sobre colchones de cascarilla de avena; y en el invierno se le calentaban los colchoncitos con botellas de agua hirviendo. Si lloraba, el ama en seguida empezaba á cunearlo hasta que le dormía; y el ama y la madre le velaban. La madre cambió cuatro amas, porque el chico no se ponía bastante gordo, y en algunos casos se acudió á las féculas, á las panatelas y á las sopas. Con los baños fortificantes y aromáticos, el niño estaba reluciente y sonrosado que daba gusto. El médico venía casi todos los días y cuidaba de la higiene de aquella preciosa cabeza, y precavía, más que curaba, las enfermedades. El niño, de este modo, no era un niño, era un confite.—Mientras esto pasaba en el principal, en la guardilla la escena era muy diferente: en un rincón se envolvía entre pingajos un pedazo de carne; la madre le alimentaba escasamente con la sustancia de su flácido pecho, sustancia de hambres y penas; alguna vecina ó amiga le daba también alimento alguna vez, embocándole hasta el gaznate un biberón, y las enfermedades, si las tenía, se las pasaba él sólo. Cuando su madre lo creyó fuerte, le metió en un saco, se le echó á la espalda, y así la acompañó á pedir limosna. La gente, viendo salir del saco aquella cabecita tan pálida, inquieta y asustada, llenábase de compasión. Conforme el chico crecía, la madre se fatigaba más de su carga, y las limosnas eran menos; poco á poco la madre se volvía cruel para con su hijo.—Cuando en el cuarto principal sólo se oían risas infantiles, en la guardilla se oía el gemir y el gritar de un niño. En la escalera se cruzaban también alguna vez la pordiosera, que llevab aun saco á sus espaldas, y el ama, galoneada de plata, que sostenía en sus brazos, sobre su pecho, un paquete de encajes, terminando en una linda cabecita. Al fin, el uno salió del saco; el otro descendió del pecho del ama, y en sus ropas, en sus juguetes, en las ideas que han adquirido, se ha marcado la misma diferencia. El uno viste esos primorosos trajes y monta en caballos de resorte; el otro sujeta medio pantalón con una cuerda, lleva una blusa hecha jirones, y monta en un palo de escoba; el del cuarto principal pronuncia ya correctamente el francés; el de la guardilla sólo sabe las palabras españolas que no están en el Diccionario..... Y, sin embargo, ya lo ves, esos dos niños viven en un mismo edificio; tan cerca—y tan lejos—uno de otro.

—¿Cuál será el destino de cada uno de ellos?

—Es de presumir..... Sin embargo, ¡el mundo está tan lleno de contradicciones y de contrastes! Niños pordioseros han llegado á las cumbres del poder y de la riqueza; niños que se criaron en palacios mueren en los hospitales.

—Esas son excepciones.—Algunos niños pobres son educados con amor y honradamente; los más mueren de hambre y de malos tratos, como esa pobre niña que se llamaba Consuelo, ó llegan á hombres robustos por su privilegiada naturaleza, pero sin instrucción y llenos de odio hacia los ricos.

Y como si el niño de la mendiga quisiera demostrar la razón de mis palabras, en aquel momento tiró al suelo su castaña pilonga, cogió el rubicundo pastelillo, que tenía entre las manos el niño del cuarto principal, y apretó á correr calle abajo, perdiéndose de vista.

El niño del traje blanco empezó á hacer pucheros. El ama dió gritos.

Del portal salió la señora del cuarto principal, rica y elegantemente puesta. En aquel instante llegaba también la madre del granujilla.

La señora, enterada de lo que había ocurrido, dijo á la mendiga con acento de indignación:

—¡Su chico de usted parará en un presidio!

La mendiga alzó hasta ella sus ojos hundidos, se encogió de hombros, y la contestó:

—Naturalmente, señora.

Tenía razón: ¡naturalmente!

ISIDORO FERNÁNDEZ FLORES (*Fernanflor*).

## RECUERDOS DE GRANADA



DIBUJO DE F. VERGARA



# BELLAS ARTES

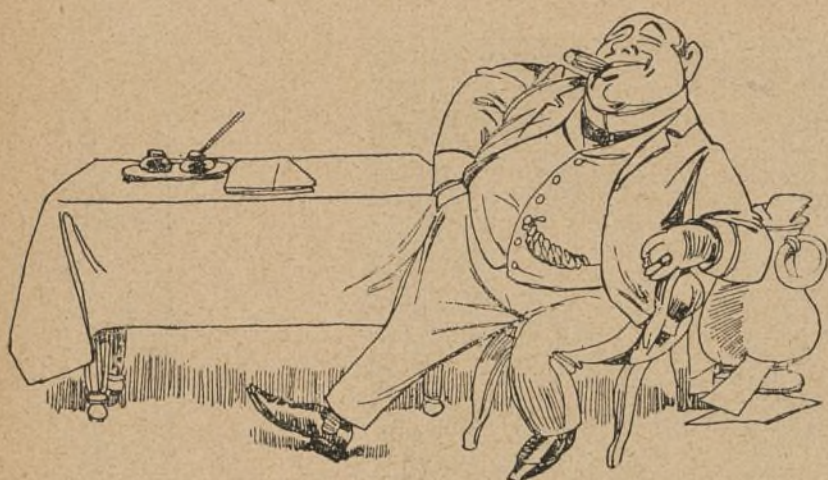
## LA VUELTA DEL HATO



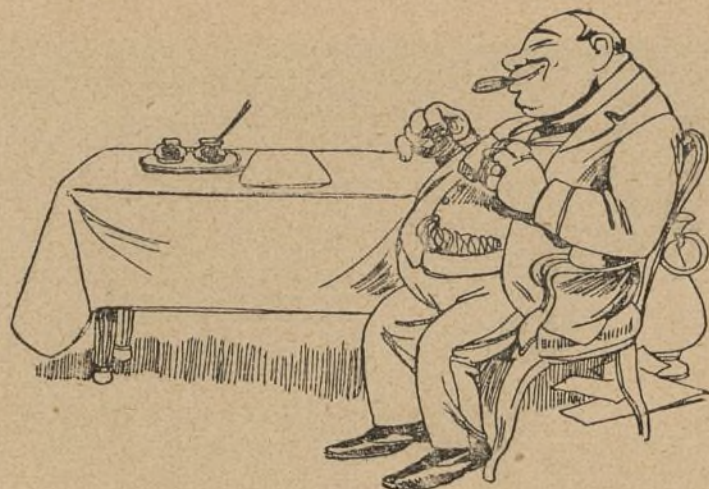
CUADRO DE LA FOSSE



## HISTORIETA , por Godofroy



1



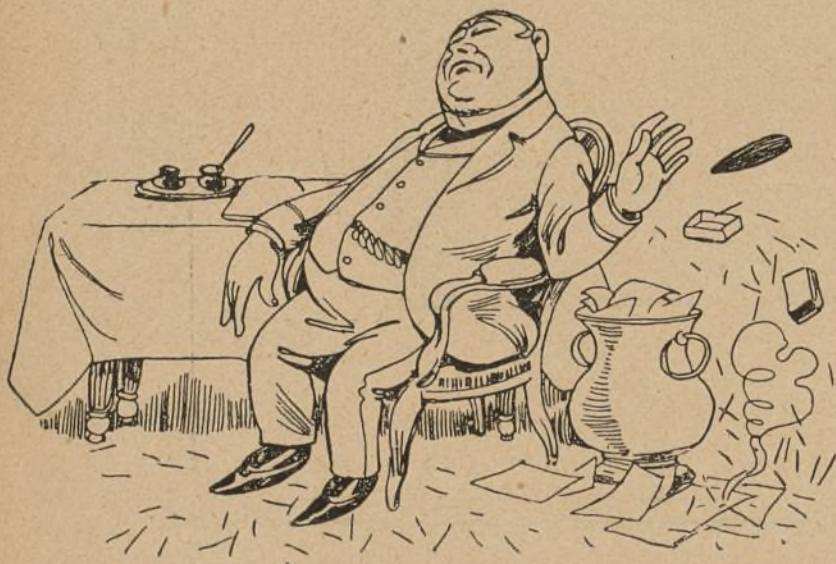
2



3



4



5



6



# MI ALBUM



## EL MANTÓN DE MANILA

¡ Oh bandera triunfante de la alegría !  
¡ Oh manto de la antigua fiesta española !  
¡ Oh palio de las *juergas* de Andalucía !  
¡ Oh túnica radiante de la manola !

La fresca primavera que en tus tejidos  
enredó el arte bello con sus colores,  
es la red esplendente donde prendidos  
van, á fleco por alma, los amadores.

Cuando desde el alzado seno redondo  
bajas como un diluvio de flores vivas,  
los chinos que bordados hay en tu fondo  
abrazan á los cuerpos que en ti cautivas.

Mil veces he querido ser dibujado  
en tu velo encendido de flora amena,  
para en noche de fiestas ir enredado  
al cuerpo cadencioso de una morena.

Mas tuve sólo á cambio de esos placeres,  
de las gratas verbenas en el misterio,  
¡ ver que van entregadas nuestras mujeres  
á los pálidos hijos del vasto imperio !

Tú eres el libro antiguo, la rica joya  
que habla de los chisperos y las navajas;  
de escenas que en el lienzo dió vida Goya;  
de soldados y reyes, majos y majas.

Tú de la dama fuiste ve'lo ligero  
cuando, de la litera presa en el raso,  
iba á la ansiada cita con el torero  
y á brindar, en los dedos alzando el vaso.

En las varias costumbres que en sus mudanzas  
del siglo diez y nueve fueron exordio,  
tú en el salón miraste las dulces danzas  
á los sonos pausados del clavicordio.

Te legó á nuestro siglo la vieja gente  
como página llena de resplandores,  
como un paño que guarda resplandeciente  
recuerdos de cien años fijos con flores.

Con la de tus bordados vistosa greca,  
tú de nuestras mujeres ciñes los talles,

y el risueño Barbieri, Juarranz y Chueca  
escriben en tus rosas sus pasacalles.

Rima con las verbenas tu seda fina,  
y tus lindos caireles con la albáhaca;  
de la reja con flores eres cortina;  
del amor que reposa eres la hamaca.

De la cruz venerada de Mayo hermoso  
en las gradas tendidas dejas tus rosas,  
y los jóvenes tejen baile vistoso  
en parejas que giran vertiginosas.

Cuando pasa, movido del homenaje,  
tras la imagen el pueblo con paso lento,  
tú adornas los balcones de cortinaje  
y el haz de tus colores tiendes al viento.

Sobre el cristal luciente de los salones  
el fausto de tus sedas la vista asombra,  
y descienden tus pliegues en pabellones  
como incendio de tonos sobre la alfombra.

Tú con la bailadora vas ondulando  
ceñido al cuerpo suelto como serpiente,  
—y tus flecos parecen, al ir flotando,  
rayas de un aguacero resplandeciente.

Tanto hermanan tus flores, que me extasían,  
con la española fiesta, viva y bizarra,  
que pienso, arrebatado, que vibrarían  
tus hilos amarrados á una guitarra.

En los toros, el bosque de tu bordado  
muestra ramas, corolas, fruto y raíces,  
para que en su tejido fantaséado  
duerma la luz el sueño de los matices.

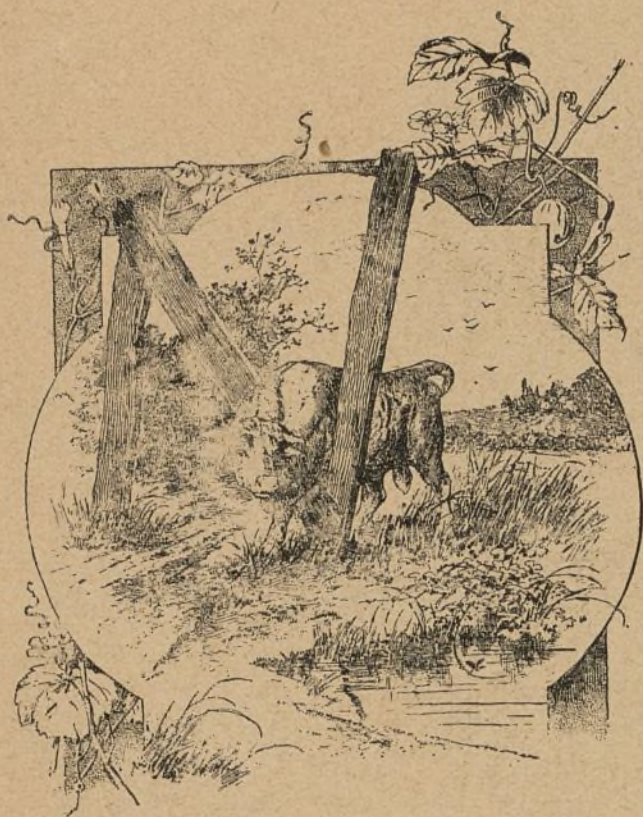
Fingirá que alza España bella bandera  
doquier muestres tus tonos y tu alegría;  
en tu fondo está abierta la primavera,  
trasplantada de un huerto de Andalucía.

El mantón de Manila compendia á España  
y es insignia que canta nuestra victoria;  
grabada en cada rosa lleva una hazaña,  
y atada á cada fleco lleva una gloria.

SALVADOR RUEDA.



# LAS ROSAS



O se concibe una mujer hermosa viviendo bajo pobre techo. El rostro, que es encanto del hombre, necesita por marco el mármol y el oro. El estuche de esa joya, de la que no hay enamorado que no quiera ser ladrón, no es la choza, sino el palacio.

Mas no me deis, para albergar mis ilusiones, palacios sombríos. Yo deseo que los muros que encierran ángeles terrestres estén coronados de artísticas cornisas, sobre las cuales revoloteen y aniden los pájaros. Deseo que estén calados de alegres ventanas, por las que el sol entre y bañe de luz purpúrea las habitaciones. La obscuridad sólo es buena para los lugares en que falta el amor; para los lugares en que se sufre y se llora.

Por eso me gustan en torno de la triste vivienda humana los jardines. Un árbol que susurra, besado por el viento, es una boca, cien bocas, mil bocas, tantas como hojas se estremecen en sus ramas, que suspiran de dicha. Y si ponéis debajo, rociados por los arriates, cubriendo la húmeda tierra, erguidos sobre los lánguidos tallos, multiplicados manojos de flores, mi contento es completo. Creeré que el suelo sonríe, con perfumados labios, á mis soñadas venturas.

Yo amo á las rosas sobre todas las flores. Me parecen mejillas virginales, que solicitan, tímidas y ruborosas, ternísimas caricias. La modesta violeta pide senos cándidos; la pálida azucena reclama altares de santas. Son flores de crepúsculo; símbolos de sentimientos inmaculados, pero fríos, como la nieve de las inaccesibles cumbres.

La rosa es el día; es fuego; es la pasión triunfante. Las rosas, mis rosas, son cristalizaciones de seda.

De rosas se tejen las guirnaldas en las fiestas primaverales. De rosas coronaban sus rubias sienes las ninfas. De rosas se cubre el lecho triste, el lecho fabricado en media hora, con cuatro tablas forradas de percalina y festoneadas con severos galones, donde se tienden los niños que ya nunca serán grandes. Pero los muertos, helados y sin sonrisas siguen para siempre, y estas rosas del último adorno mueren también.

No; yo no quiero las rosas de los jardines. Esas no resucitan á nadie. Yo conozco otras rosas, que pudieron ser mías, y viven lejos de mí. Ellas, las divinas rosas mágicas, pueden ser un talismán que me haga eterno. Así, cuando yo cierre los ojos para no volverlos á abrir, si alguien quiere traerme de nuevo á la vida, vaya por la hechicera poseedora de las rosas que adoro. Esas rosas son sus mejillas. Mis labios, junto á ellas, aun ateridos por el frío del sepulcro, sentirán el ardor de los amores delirantes; beberán la vida inmortal, que el destino mundano no concede á ningún hombre, en medio de un beso embalsamado.

JOSÉ DE SILES.

## MIS DEVOCIONES

Triste, maltrecho, huérfano y doliente,  
del oro y del poder soy un vencido,  
que se retira cuando, ya caído,  
ni fuerzas tiene, ni entusiasmo siente.

Ayer, cuando luchaba, era un valiente,  
más veces generoso que temido;  
hoy, cuando busco el necesario olvido,  
soy, más que un desertor, un penitente.

Al acabar mi juvenil historia,  
sólo un recuerdo abrasa mi memoria.  
Señor, pequé; mas cede en tu venganza,  
pues, ya deshecho de la duda el hielo,  
tengo á mi fe por único consuelo  
y á tu perdón por única esperanza.

RICARDO LODARES GIRÓN.

## LA ENVIDIA

(POEMA CORTO)

Se murió doña Leonor,  
y antes del año, el señor  
se casó con la doncella;  
y el mozo de comedor  
exclamó:—¡Quién fuera ella!

MIGUEL JIMÉNEZ AQUINO.

\*\*\*

Lengua de Dios, la poesía es cosa  
que oye siempre cual música enojosa  
mucho hombre superior en lo mediano;  
y en cambio escucha con placer la prosa,  
que es la jerga animal del sér humano.

CAMPOAMOR.



# PLAYERAS

(DIBUJOS DE CILLA.)



¡ Lo que me divierto  
mirando estas chicas !  
¡ Ay, señor, qué monas;  
ay, Jesús, qué ricas !



— Bonifacio, tengo mucho miedo de que pueda venir un tiburón y me coma.  
— No tengas cuidado, hija, no; tengas cuidado, que no.... caerá esa breva.





## LOGOGRIFO NUMÉRICO

POR F. NOVEJARQUE

|   |   |   |   |   |   |   |   |   |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
|   | 9 | 8 | 7 | 1 | 4 | 6 | 9 |   |
| 9 |   | 9 | 3 | 2 | 3 | 7 |   | 5 |
| 3 | 4 |   | 9 | 3 | 9 |   | 3 | 9 |
| 9 | 3 | 2 |   | 4 |   | 3 | 9 | 6 |
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 |
| 2 | 8 | 4 |   | 6 |   | 9 | 9 | 8 |
| 8 | 9 |   | 3 | 7 | 5 |   | 5 | 9 |
| 9 |   | 1 | 9 | 8 | 9 | 5 |   | 5 |
|   | 8 | 9 | 6 | 9 | 3 | 7 | 9 |   |

Reemplazar los números por letras de modo que se lea, en los extremos de la vertical, horizontalmente:

Nombre de mujer.—Flor.—Parte de las aves.—Punto cardinal.—(Todo) Nombre de mujer.—Consonante.—Flor.—En la cabeza.—Nombre de mujer.

En los extremos de la horizontal, verticalmente:

Mueble.—Nombre de mujer.—Letra.—Punto cardinal.—(Todo) Nombre de mujer.—Consonante.—Tiempo verbal.—Tela en plural.—El demonio.



*Cuadros de color* (cuentos breves).—Don José Siles está publicando en la actualidad una serie de folletos que llevan este título: en ellos hay relatos de una extraordinaria delicadeza. Siles siente el color, posee una sensibilidad exquisita, y tiene un estilo encantador.

El último número de *La Ilustración Nacional*, dedicado a la Caballería española, es verdaderamente notable. Tanto el texto como la parte artística son insuperables. El número está tirado a tres tintas, y por su elegancia y originalidad, las dos planas del centro pueden competir con las mejores Revistas extranjeras. Nuestra felicitación más entusiasta al Director de *La Ilustración Nacional*, Sr. Gros, así como al redactor jefe de la misma, Sr. González Fortes.

DERECHOS RESERVADOS.

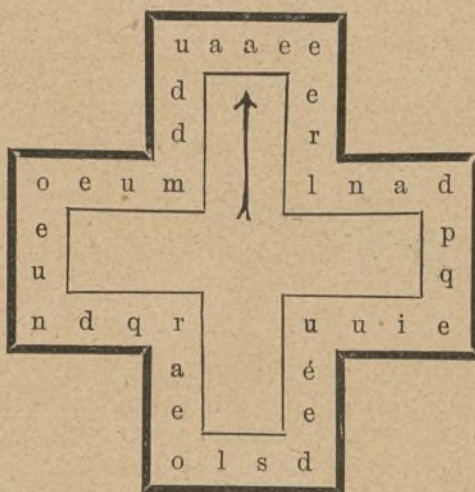
## COMBINACIÓN HIDROGRÁFICA

POR A. NOVEJARQUE

Combinando cinco letras dos ríos puedo obtener; por Orense pasa el uno y el otro por Santander.

## CRUZ ENIGMÁTICA

POR ÁNGEL SUERO



Las letras que contiene la presente cruz forman un conocido refrán. Se empieza a contar desde la vocal *a* que señala la saeta, pero no es precisamente la primera que se ha de tomar. ¿Cómo, pues, no siendo esa la letra que deba tomarse, ha de ser la que dé principio?

## CONCURSO DE SABIDURÍA

POR A. NOVEJARQUE

|   |   |   |   |   |
|---|---|---|---|---|
|   | 0 | * | * | * |
| * | * | 0 | * | * |
|   | 0 | * | * | * |
| * | * | * | * | 0 |
| * | * | * | * | 0 |
|   | * | 0 | * | * |
| * | * | * | 0 | * |
| * | * | * | 0 | * |
| * | * | * | 0 | * |
| * | * | * | 0 | * |

Reemplazar los ceros y las estrellas por letras, de modo que se lea en la línea vertical de ceros el apellido de un conocido poeta, y horizontalmente nueve hermanas discípulas de Apolo.

## EL CANTO DEL JILGUERO

Allá en la floresta espesa un jilguerillo cantaba que un buen reloj deseaba de los que vende *La Inglesa*.

**17, PRECIADOS, 17.**

## ENCARGOS

Desde la puerta del cielo ayer San Pedro decía: —Martínez, mándeme usted dos docenas de camisas.

**San Sebastián, 2, Madrid**

**DR. BALAGUER, PRECIADOS, 25**  
**INSTITUTO DE VACUNACIÓN DE TERNERA**  
Vacunación diaria de 2 a 5.  
Se vende y remite vacuna a provincias.

## SOLUCIONES

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO 109.

A LA NOTA DE ACTUALIDAD:

SOLEDAD  
SOLDADO  
SOLTARÉ  
SOLLANA  
SOLSONA  
SOLTERO  
SOLANA  
SOLTAR  
SOLER  
SOLÓN  
SOLÍS  
SOLAR  
SOLO  
SOLA

AL CUADRADO:

A S A R  
S A R A  
A R A S  
R A S A

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.

**NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES LITERARIOS NI ARTÍSTICOS**

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyras».